

Bill Mitchell

No sólo soy un “negacionista del déficit”, sino que sé, además, que muchos niños morirán a resultas de las necias políticas de austeridad fiscal



Los gobiernos de todo el mundo, azuzados por comentaristas financieros y organizaciones internacionales (FMI, OCDE, G20), corren en loca estampida en pos de la realización de programas de austeridad capaces de “poner bajo control sus déficits”. En la prensa diaria pueden leerse todo tipo de horrendas predicciones emitidas por los terroristas del déficit, obsesionados con diagramas que muestran movimientos de distintas proporciones financieras: la proporción del déficit en relación con el PIB, la proporción de la deuda pública en relación con el PIB. Ignoran completamente la historia, y cuando la invocan, es para colar análisis erróneos inaplicables al asunto en cuestión. Equiparan erróneamente a la eurozona con los sistemas monetarios soberanos. Y no sueltan presa. Pero en toda la discusión sobre la austeridad se pierden de vista las verdaderas dimensiones del problema. De eso voy a hablar en el blog de hoy: me centraré en el hecho de que miles de niños morirán como resultado de esos innecesarios programas de austeridad, únicamente diseñados para satisfacer la obstinación ideológica de ciertas elites sociales ricas y de elevados ingresos.

El [Editorial](#) del pasado 9 de junio del *New York Times* —“[El equivocado mensaje sobre los déficits](#)”— era harto acertado y ponía las cosas en su sitio. Decía:

“La actual fiebre del látigo de los déficits está alcanzando gran temperatura en los dos lados del Atlántico. En Europa, los políticos están comprensiblemente sobresaltados con el espectáculo de inversores al asalto de los títulos de deuda pública tras el desplome griego. Pero al fiero y súbito entusiasmo con la austeridad fiscal, especialmente en las economías más fuertes, le saldrá probablemente el tiro por la culata, condenando a Europa a largos años de estancamiento, si no a algo peor.

“Los EEUU corren el mismo riesgo, que es muy grande. Los Demócratas han abandonado la creación de empleo y el estímulo económico a favor de la retórica antidéficit que los Republicanos ven hace ya tiempo como la vía de acceso fácil a los votantes en un año electoral confuso.”

El editorial del NYT observa que “la crisis económica no ha quedado atrás”, y cita el terrible nivel de desempleo persistente, a despecho de que los mercados de valores se hayan recuperado y algunas economías reales comiencen a crecer de nuevo, bien que lentamente. Concluyen con razón que “para cualquiera, cortar drásticamente el gasto público cuando el crecimiento es apenas balbuciente y persiste un desempleo enterquecidamente alto pone en riesgo el mismo objetivo de la probidad fiscal al ralentizar el crecimiento económico y reducir la recaudación fiscal”.

Observan también que hay ya pruebas de que la economía se está ralentizando de nuevo, a medida que los recortes se cobran peaje. Conclusión de los editorialistas:

“Ahora mismo, para las economías más robustas –EEUU, Alemania, Gran Bretaña, Japón—, lo peor que puede hacerse es recortar drásticamente los presupuestos.”

Entretanto, el *Nikkei News* del pasado 10 de junio (se necesita subscripción para entrar, así que es inútil ofrecer un hipervínculo) anunciaba que “El halcón fiscal del Partido Demócrata japonés entra como jefe en el Ministerio de Finanzas”. El informe decía que:

Yoshihiko Noda, el recién nombrado jefe del Ministerio de Finanzas, hace tiempo que es considerado como uno de los más empedernidos conservadores fiscales del Partido Demócrata japonés (PDJ). Noda se jacta de querer reconstruir las finanzas japonesas conforme a la consigna: ‘no puede hablarse de políticas sin hablar de fuentes de financiación’. Luego de que el PDJ llegara al poder el pasado septiembre, Noda fue nombrado primer viceministro de finanzas. Estuvo en primera línea a la hora de recortar peticiones presupuestarias de ministerios y agencias públicas, cosa de la que todavía se duelen los legisladores del PDJ que las realizaban.”

Podría, pues, ser un caso de Sayonara Japón... encantados de haberte conocido. ¡Vuelta a 1997!

Lamaré también la atención sobre un artículo aparecido el pasado 9 de junio y firmado por un Thomas Cooley, académico jubilado de la New York University y columnista habitual de *Forbes*: [The Dark Side Of Stimulus](#) [“El lado oscuro de los estímulos”]. El artículo introduce un neologismo: “negacionistas del déficit”.

Cooley observa que la recuperación de una “profunda recesión” no se está produciendo muy rápidamente, a pesar del “asombroso... paquete fiscal” introducido por el presidente de los EEUU. Y concluye que:

“Pero ahora la gente se da cuenta que hay un lado oscuro en esta orgía de gasto. Tiene que terminar, y luego tendremos que pagar la factura. Si necesitamos algún recordatorio de que el día del juicio final se acerca, sólo tenemos que mirar a Europa. No tiene sentido hablar de la cantidad de puestos de trabajo creados o salvados por el gasto en estímulos. No volveremos a recorrer la historia, así que no queremos saber qué pautas habría seguido el empleo, si no hubiera habido un paquete de estímulos.”

Me pregunto quién es este “nosotros” que tendrá que pagar la factura. La factura ya se está pagando, en términos de pérdida de ingresos y de un nivel alto y persistente de desempleo. La única factura real.

Sin embargo, si los gobiernos insisten en pretender que tienen que “financiar” su gasto y seguir la senda que ahora está tomando el Reino Unido (entre otras naciones que encabezan la senda de la austeridad), entonces la factura real será la pérdida de ingresos reales dimanante

de los recortes del gasto público, la pérdida de control privado sobre recursos reales dimanante del incremento de los impuestos. Esos costes serán enormes.

Además, la única manera de calibrar el valor de las intervenciones fiscales es la estimación de magnitudes como la de “los puestos de trabajo salvados”. Podemos estimar aproximadamente el impacto del gasto extra en el crecimiento del PIB y, por lo tanto, del empleo. Lo importante es que, al centrarnos en el empleo, fijamos bien nuestras prioridades. En cambio, centrándonos en agregados irrelevantes, como la dimensión del déficit o la proporción de la deuda pública, fijamos un conjunto errado de prioridades políticas.

Cooley observa que:

“... nada resolverá el problema, salvo el crecimiento económico. El problema al que nos enfrentamos es que los déficits extraordinarios que creamos probablemente restringirán en el crecimiento económico en el futuro. Tenemos que satisfacer esa deuda.”

Es verdad que el crecimiento económico reducirá el desempleo y, por definición, incrementará los ingresos. Pero no hay ninguna prueba empírica firme de que el incremento del déficit esté ligado a un menor crecimiento económico. Todo lo contrario. El hecho es que el gobierno de los EEUU tiene que pagar la deuda pública apoya al crecimiento porque los pagos de intereses suministran un flujo de ingresos mayor que si se dejaran en reservas que no proporcionan intereses.

Los partidarios de la Teoría Monetaria Moderna (TMM) se refieren a las gentes como Cooley como [terroristas del déficit](#). Cooley, a su vez, ha acuñado un neologismo para los que piensan que los déficits son beneficiosos (cuando son necesarios):

“Hay negacionistas del déficit, como Paul Krugman, que piensa que podemos y debemos ignorar los déficits por un buen tiempo porque podemos seguir tomando préstamos a tasas de interés muy bajas. Es el mismo comportamiento por el que criticaron a los hogares que acumularon demasiada deuda hipotecaria y de tarjetas de crédito. También se metieron con Alan Greenspan y Ben Bernanke por permitir tal comportamiento irresponsable, al mantener los tipos de interés demasiado bajos durante demasiado tiempo. Eso sí, que el gobierno tome prestado y gaste a provechando los bajos tipos de interés actuales, y que mantenga así viva la recuperación económica...”

Lo que dice la TMM es que el volumen o la continuidad de los déficits presupuestarios no son *per se* elementos sensibles del análisis. El resultado presupuestario está muy determinado por las fluctuaciones en el gasto privado. De manera que lo que suele indicar un déficit creciente es una desaceleración en el gasto privado. El componente discrecional del resultado presupuestario debería constituir un indicador de la medida en que el sector no-público desea ahorrar (es decir, retirar gasto al flujo de ingresos).

Ese hiato de gasto ha de llenarse, o, de lo contrario, el crecimiento económico cae. No hay soluciones mágicas aquí.

Además, mientras los hogares pueden sacar ventaja de los bajos tipos de interés y el sobreendeudamiento, eso es irrelevante en el empréstito público. [No hay analogía que valga](#) entre los hogares (que usan moneda) y un Estado soberano (que emite moneda). Los primeros están siempre restringidos por sus ingresos; el último, nunca.

Las estructuras institucionales que voluntariamente erigen los Estados soberanos para dar la impresión de que están financieramente restringidos carecen, en última instancia, de sentido. Pueden ser cambiadas por el mismo Estado (en casi todos los casos) al que tratan de “restringir”. Un Estado soberano puede siempre servir sus obligaciones de deuda, mientras que los hogares, no.

Cooley comete otro error fundamental:

“Hay, desde luego, un punto de verdad en la idea de que podemos seguir pateando la lata todavía por un buen trecho. ¿Por qué? Porque el dólar estadounidense es y seguirá siendo la moneda de reserva mundial. Lo que significa que los EEUU pueden incurrir en un persistente déficit por cuenta corriente, porque los demás países necesitan dólares como reserva.”

Cualquiera que sea el estatus internacional del dólar estadounidense, es irrelevante en punto a la capacidad del dólar estadounidense para el gasto neto en su propia moneda. Todos los Estados soberanos (que emiten su propia moneda) pueden comprar lo que se halle en venta en su propia moneda en cualquier momento y a su buen placer. El Estado norteamericano no tiene aquí nada de especial.

Y.. todos los Estados soberanos pueden adquirir fuerza de trabajo ociosa en sus economías para ponerla en uso productivo, en cualquier momento y a su buen placer.

Cooley sigue confundiendo las realidades monetarias:

“Por eso nos parece fácil –incluso ahora, con enormes déficits— vender deuda pública del Tesoro a bajas tasas de interés. Cada vez que los mercados atraviesan turbulencias, como ha ocurrido estas últimas semanas, hay huías en busca de la seguridad ofrecida por los títulos de deuda del Tesoro. Eso reafirma en la creencia en el crédito a largo plazo de los EEUU y en la viabilidad de nuestra deuda.”

La elevada demanda de títulos de deuda pública del Tesoro norteamericano mantiene, desde luego, bajos sus rendimientos, dado el modo en que funciona el sistema de subasta. Y se ve al dólar norteamericano como puerto seguro. Pero cualquier estado soberano puede arreglárselas para mantener bajos los intereses de su deuda pública, si usa debidamente las coordenadas de las operaciones del banco central y del tesoro.

Cooley piensa que eso no puede durar mucho, porque los mercados terminarán por determinar que el déficit estadounidense no se halla en “una senda fiscal sostenible”. Para evitar eso, el gobierno de los EEUU tiene que “cortar el gasto y aumentar los ingresos”.

Luego de trazar falsas analogías entre los EEUU y la difícil situación de los países de la eurozona, dice:

“Los mercados y los consumidores son mucho más listos que los políticos. Por eso están de los nervios. No es necesario ser todo un científico para percatarse de que los estímulos no han proporcionado el *big bang* que la gente esperaba y de que no podemos permitirnos más estímulos.”

Los estímulos han proporcionado menos de lo esperado porque han sido continuamente limitados por los terroristas del déficit. En naciones con paquetes de estímulos fiscales más grandes las cosas han ido mejor. Al presionar al gobierno desde las primeras fases de la crisis, los terroristas han conspirado para que la recuperación descarrile.

Pero, en fin, qué voy a saber yo, si no soy más que un negacionista...

Sea ello como fuere, este es uno más de la torrentada de artículos publicados y venideros a favor de esta línea de la necesidad de austeridad y de un ajuste lo más inmediato y radical posible.

Veamos ahora, en cambio, algunas interesantes investigaciones recientes sobre el impacto de los paquetes de estímulos y sobre el probable impacto de los programas de austeridad.

Las dimensiones de los estímulos fiscales

La UNICEF y otros organismos han estudiado el impacto de las intervenciones fiscales, en particular el de las medidas de protección social introducidas.

Un estudio firmado por Zhang, Thelen y Rao, del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas PDNU, e intitulado [La protección social en los paquetes de estímulos fiscales](#) ha observado que en los 35 países investigados, de promedio:

“... se gastó un 25% de los estímulos en medidas de protección social. En total, eso significa unos 653 mil millones de dólares, casi un 1% del PIB mundial.”

Así pues, no precisamente mucho. También observan que el grueso del gasto social fue a para a las infraestructuras y que no hubo una especial atención a las mujeres (y a sus hijos), que resultan siempre las más castigadas por cualquier crisis económica.

El cuadro que a continuación se reproduce está sacado del Cuadro 1 del mencionado estudio del PDNU. Muestra la dimensión del estímulo fiscal como porcentaje del PIB de 2008 en los países estudiados. Los he ordenado de mayor a menor:

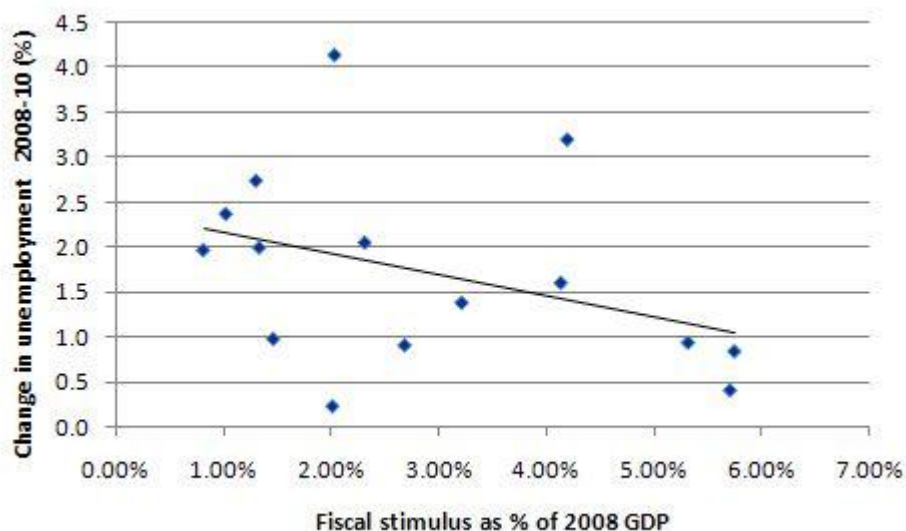
Country	Calculated % of 2008 GDP	Country	Calculated % of 2008 GDP
Georgia	19.9	Poland	2.5
Kazakhstan	13.8	Germany	2.3
China	13.3	Slovenia	2.3
Honduras	7.2	Czech Republic	2.0
Korea	6.6	Lithuania	2.0
Australia	5.8	Egypt	1.7
Singapore	5.7	Mexico	1.5
Malaysia	5.7	Israel	1.5
Japan	5.3	Indonesia	1.4
China, P.R.: Hong Kong	5.2	Bangladesh	1.4
Philippines	4.4	France	1.3
Finland	4.2	Portugal	1.3
Austria	4.1	Argentina	1.3
Russia	3.8	Kenya	1.0
India	3.5	Belgium	1.0
Canada	3.2	Netherlands	1.0
Chile	2.8	Nigeria	0.8
Peru	2.7	Norway	0.8

Lo que yo he venido objetando repetidamente a tesis como las de Cooley, según las cuales los estímulos fiscales no han funcionado, es que la respuesta fiscal ha sido relativamente débil. Ellos replican con aspavientos, preguntando si es que estoy ciego, y apuntan a una proporción siempre al alza del gasto neto público. Yo replico que esa proporción no indica sino que la abisal profundidad de la crisis.

Y digo entonces que lo que me indica a mí si la respuesta fiscal ha sido excesiva, la precisa o se ha quedado corta son los volúmenes de desempleo. Y la inequívoca conclusión es que las respuestas fiscales han resultado inadecuadas, y por mucho.

La gráfica que se reproduce a continuación usa datos sobre el volumen de los estímulos fiscales como porcentaje del PIB de 2008, y traza en relación con eso los cambios en las tasas de desempleo entre 2008 y abril de 2009. Los datos de las tasas de desempleo proceden de la base de datos del [World Economic Outlook](#), que cubren hasta abril de 2010. Sólo se incluyen las naciones, cuyas tasas de desempleo han sido publicadas por el FMI.

Y aunque no se puede inferir demasiado de un simple mapa de dispersión como éste, lo que aparece es una relación como la pronosticada por la teoría. Cuanto mayores los estímulos, tanto mejores los resultados en términos de desempleo. Yo estoy convencido de que un análisis estadístico más completo de esa relación, capaz de controlar otras posibles influencias, confirmaría el sencillo mensaje que se perfila en el gráfico.



Los perdedores

En toda esta discusión sobre una austeridad fiscal emprendida para felicidad de los operadores de bonos —que representan a los individuos más ricos de nuestras sociedades—, raramente leeréis nada sobre quiénes serán los beneficiarios y quiénes los perdedores de esas políticas.

Sabemos por las privatizaciones de los 80 y los 90 del siglo pasado que se dieron espectaculares transferencias de riqueza. Los Estados pagaron gigantescas sumas a organizaciones financieras privadas para ejecutar las ventas. Los Estados también aceptaron enormes descuentos en el valor neto real y en los flujos de ingreso neto esperado de las empresas públicas vendidas, por que deseaban evitar el embarazo de la venta fallida.

¿Pero quiénes son los perdedores?

En su informe [Global Economic Prospects 2010](#), el Banco Mundial estima que la crisis económica global empujó a 50 millones de personas más a la pobreza extrema en 2009 y que otros 64 millones de personas vendrán a añadirse a la lista de aquí a fin del presente año.

Vale la pena leer todavía el opúsculo de Nora Lustig, del Banco Interamericano del Desarrollo, intitulado [La crisis y los pobres: la macroeconomía socialmente responsable](#), para hacerse una idea de la medida en que las crisis económicas dañan las perspectivas de los pobres. Fue escrito en el año 2000. Aunque su documentación de las implicaciones de las crisis para los pobres es interesante, yo no comparto su punto de vista macroeconómico, a menudo demasiado inmerso en las manías de la macroeconomía académicamente dominante.

Defiende una tesis interesante, que es compatible con la TMM. Lustig observa que un régimen de “tasa de cambios flexible” mitiga el impacto de las crisis, desde una “perspectiva pro-pobres”. Observa que los sistemas de tasa de cambios fija promueven ajustes cuantitativos a una crisis externa (que en el mercado de trabajo significa desempleo), mientras que los sistemas de cambio flexibles tienden a realizar ajustes a través de los salarios reales (incremento de precios de los productos importados). Tratando de defender la paridad fija, las naciones se libran a duras políticas interiores que no hacen sino exacerbar la pobreza.

En una publicación de la UNICEF –[Inclusive Crises, Exclusive Recoveries, and Policies to Prevent a Double Whammy for the Poor](#)–, Ronald Mendoza sostiene que:

“En lo tocante a *shocks* económicos agregados, los pobres y lo casi pobres se enfrentan a menudo a un doble infortunio. Por lo pronto, se hallan entre los más gravemente afectados por el shock, arrojando los efectos de la crisis, que les empuja, a ellos y a sus hijos (la próxima generación) al abismo sin fondo de la pobreza. Y en segundo lugar, los pobres y los casi pobres son también los menos equipados para participar en y beneficiarse de la subsiguiente recuperación.”

Aunque el grueso de la investigación en este campo de estudio se centra en las naciones menos desarrolladas (o en vías de desarrollo), la investigación en los países avanzados arroja resultados parecidos. Los pobres están menos expuestos a las crisis en las naciones avanzadas, y hay mejores redes de seguridad. Pero una persona hundida en el desempleo a largo plazo en los EEUU o Australia se enfrenta a una elevada probabilidad de caer en la pobreza (relativa) y de perder una parte importante de los activos que ha llegado a formar en su vida laboral (vivienda, etc.). Sus hijos heredarán también la situación de desventaja en que han crecido y se enfrentarán a graves dificultades en su vida adulta.

De modo, pues, que no se trata sólo de un problema de los países en vías de desarrollo, bien que en las naciones más pobres los impactos suelen entrañar la muerte. E las naciones más pobres, una crisis tiene efectos devastadores. Mendoza observa que “decenas de miles de niños en algunos los países más pobres del mundo podrían morir, pagando el precio último del resultado de esta crisis”.

Pero la recuperación está también preñada de consecuencias para los pobres. Mendoza observa que:

“Durante un episodio típico de crisis, el gasto social se ve a menudo recortado precisamente en el momento en que más se necesitan esos recursos. No es infrecuente que el gasto social sufra los recortes más drásticos, y que la parte del gasto social que aporta los mayores beneficios para los pobres resulte el más cercenado (...) sabemos por crisis anteriores que las familias se ven con frecuencia obligadas a vender los pocos activos productivos que puedan tener, a reducir sus desembolsos en salud, a sacar a los hijos de la escuela, a endeudarse más, y en los casos más acuciantes, a comer menos o a ingerir alimentos menos nutritivos para poder adaptarse a la drástica caída de ingresos. Todas estas estrategias de adaptación vienen en perjuicio de la capacidad de las familias pobres para recuperarse con prontitud.”

Un asunto, éste, que también destacaba Nora Lustig.

La otra tesis defendida por Mendoza es que incluso los magros fondos:

“... asignan a los sectores sociales están ahora en riesgo, puesto que los presupuestos públicos se están reduciendo a causa de unos ingresos, fiscales y de otro tipo, menguantes. Si la crisis alimentaria, la crisis de los combustibles y la crisis financiera son la primeras tres oleadas de la crisis, la cuarta oleada es una inminente crisis de las finanzas públicas que se está abatiendo de forma generalizada sobre los países en desarrollo y aun sobre algunos países industrializados.”

Raramente leeréis cosas así en los debates financieros cotidianos sobre el grado de austeridad que hay que imponer. Mientras que la errónea construcción que de la política monetaria hacen los terroristas del déficit suscita curiosidad intelectual (del tipo: qué razones dan para la austeridad, etc.), la realidad es mucho más importante.

Hasta Mendoza cree que hay una “inminente crisis de las finanzas públicas” que se abate por el mundo. En general, no hay una crisis de las finanzas públicas (si excluimos a las naciones de la eurozona). Las naciones soberanas deberían centrarse en políticas fiscales que

mejoraran sus resultados internos, en general, y en particular, en garantizar la protección de sus ciudadanos débiles y vulnerables. No otro debe ser el propósito público.

Si os limitáis a leer y a debatir cada día los informes financieros vespertinos, no tardaréis en perder de vista la dimensión humana de la crisis.

Mendoza (de la UNICEF) se centra ne los niños, y dice:

“La juventud de mañana –los niños y los infantes de hoy— está amenazada con riesgos. Cerca de la mitad del mundo en vías de desarrollo se enfrenta a un problema inminente o previsible en los próximos 20 años de explosión demográfica de la población juvenil desesperada... Son bebés y niños en algunos de los países más pobres de nuestros días: algunos de los mismos países que bregan por adaptarse a las dramáticas consecuencias de las crisis de precios de la alimentación y de los combustibles, así como del declive global.”

Puede que los mercados de valores vuelvan a subir, pero los niños a los que se les arrebatan importantes oportunidades de nutrición, educación y asistencia cargarán sobre sus espaldas por el resto de sus vidas con las cicatrices de la presente crisis. Unos presupuestos sociales más robustos, más equilibrados y políticas sensibles a los problemas de género, así como, cuando resulte necesario, el apoyo de la comunidad internacional, podrían ayudar a que la recuperación social y económica de la más grave crisis de la historia reciente fuera mucho más inclusiva que en el pasado.

Sobre todo eso pensaba yo en el contexto del llamado debate intergeneracional y de los espurios argumentos esgrimidos para transferir el coste de la deuda pública a la generación venidera.

Lo he dicho a menudo, pero nunca se repetirá lo bastante: la carga que estamos transfiriendo a la generación futura son las menores oportunidades que tendrán por haber crecido en la pobreza. Es una carga que está naciendo ahora mismo –diariamente—, y que se manifiesta en la desnutrición, las carencias educativas y otras patologías relacionadas con ellas y que acompañan a la pobreza y a la exclusión social.

Los programas de austeridad se centran típicamente en recortes en áreas en las que los pobres están más necesitados de apoyo público.

Conclusión

Nora Lustig dice que:

“Las crisis macroeconómicas no sólo afectan a los niveles de vida de los pobres, sino a la capacidad de los mismos para salir de la pobreza.”

Sostiene que los Estados tienen la obligación de usar la política fiscal a favor de los pobres, y que “la prevención de la crisis tiene que ser una prioridad absoluta de cualquier estrategia anti-pobreza”. Eso entraña que los gobiernos no recorten los programas “pro-pobres” durante una crisis y sus secuelas. Deberían, al revés, construir redes viables de seguridad social.

La [propuesta del puesto de trabajo garantizado](#) constituiría una de esas redes de seguridad social, y garantizaría que cualquier persona capaz de trabajar pudiera acceder en cualquier momento a un salario mínimo socialmente adecuado. Esa política es lo primero que debería poner por obra cualquier Estado soberano. Y la primera política que el gobierno de un Estado no soberano debería poner por obra es hacerlo soberano, para luego introducir la garantía del puesto de trabajo.

Los gobiernos deberían servirse siempre del gasto neto contracíclico para promover la protección social. No hacerlo así, no sólo tiene efectos negativos en el presente, sino que

represa el futuro desarrollo del capital humano y, de esta guisa, trae consigo la transferencia intergeneracional de pobreza.

Lustig dice que:

“La permanente reducción de las reservas de capital humano de los pobres a causa de la desnutrición y del deterioro de la destreza podría llevar también a un menor crecimiento económico. Una política macroeconómica socialmente responsable de prevención de la crisis y de respuesta a la crisis pueden contribuir simultáneamente a rebajar la pobreza crónica y a un mayor crecimiento.”

Así pues, el artículo editorial del *New York Times* con que hemos empezado está en lo cierto (aunque no se priva de sostener que algunas naciones deberían de todas formas emprender programas de austeridad). Ninguna nación debería proceder a recortes discrecionales en el gasto público neto en un tiempo en que la economía se halla en crisis. ¡No hay excepciones a eso!

Sí, seré un negacionista del déficit, pero me pregunto cuántos niños murieron hoy a causa de la crisis y de la pobre respuesta de los gobiernos a la misma.

Bill Mitchell es profesor de investigación en Teoría Económica y director del Centre of Full Employment and Equity (CoffEE) en la Universidad de Newcastle, NSW Australia.

Traducción para www.sinpermiso.info: Roc F. Nyerro

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.